

## **LA VÍA INICIÁTICAS EN POS DE LA CONSCIENCIA LO DIVINO COMO HORIZONTE**

Tan pronto como el ser humano abre los ojos a la vida comienza su camino de búsqueda. Busca primero la felicidad, creyendo encontrarla en aquello que le falta... que es casi todo. Llegado a la madurez, el gran torrente humano se bifurca. Unos siguen su camino a través de ciertos instintos naturales como el sexo y el poder (como actores o como pasivos seguidores). Otros inician la vía del pensamiento, e intentan abrir los ojos de la mente, pues intuyen de algún modo la capacidad transformadora de sus sensaciones y sentimientos en canales de iluminación hacia lo trascendente o lo divino.

Pero tanto el caminante por la vía del instinto como el que anda el sendero del pensamiento adolecen del mismo mal: ambos ignoran dónde está el origen de sus felices o desgraciados logros. Los primeros son víctimas de su indiferencia ante lo metafísico y los segundos de su "máquina" de razonar, que sólo es capaz de relacionarles con el mundo de la materia.

El paso del instinto al pensamiento puede suponer la combustión de incontables vidas... y el paso de éste a la Consciencia también.

A la Consciencia se puede llegar por medio de; un estado especial del pensamiento (o de la total ausencia de éste), como al alcohol se llega por un estado especial de la fructosa. Y el trabajo iniciático consiste en acelerar la transformación del pensamiento, la fermentación de sus esencias.

El ser humano consciente es aquél que aprendió el arte de "volar"; pero debe advertirse que durante los ejercicios de aprendizaje algunos temerarios aventureros perdieron su oportunidad, rompiéndose las extremidades o incluso perdiendo la vida. Nadie ha dicho que el camino hacia la perfección sea fácil. Los Mensajeros nos advierten que nadie lo logrará sin pasar victoriosamente las correspondientes pruebas iniciáticas.

El paso del pensamiento a la Consciencia es semejante al hecho de pasar de la vida dependiente (como servidor, aunque abastecido) a la vida independiente (como ser autónomo, autoabastecido o ... autodestruido). Es un paso que exige una motivación profunda porque, a pesar del riesgo que comporta, las diferencias entre el mero pensador y el individuo autoconsciente son evidentes sólo para este último, puesto que el primero no detecta este relieve del Ser. Ambos pueden militar en una misma agrupación; pero sólo el segundo es verdaderamente libre, sin

interferencias externas. Ambos pueden recibir y cumplir una orden; pero sólo el último comprende por qué debe cumplirse. Ambos pueden rezar la misma oración; pero únicamente la Consciencia ilumina este camino.

Alcanzado cierto nivel espiritual necesario para ser autoconsciente, el individuo se hace impermeable a los conflictos humanos porque entiende que éstos son patrimonio exclusivo de la razón. Ésta nunca será abandonada del todo, porque es el ancla para el navío de la carne, pero se abandonará momentánea y periódica mente, ya que también puede convertirse en un excesivo lastre para más altos vuelos. Cuando uno se acerca a la realidad desde la razón, aquella cambia siempre. Deberíamos buscar pues una Verdad inmutable, comprendiendo la inutilidad de encontrarla con los sentidos físicos.

Llegará un momento en que nos plantearemos "la última pregunta", y tal vez sea ésta: ¿existe un Centro a partir del cual surge todo lo creado, incluyéndome a mí?

Una pregunta así carecería de sentido antes del momento adecuado. Cada pregunta sólo puede obtener respuesta eficaz cuando se formula en aquel instante en que el preguntante y el preguntado (el hombre y el tiempo) alcanzan el punto preciso de coincidencia necesario para una correcta comunicación.

Y como dos formas de energía sólo pueden comunicarse plenamente cuando comparten el mismo punto del espacio tiempo, cuando se encuentran en el instante preciso para reaccionar, generándose entonces lo que podríamos llamar una singularidad, mientras esto no ocurra, jugamos a adivinar la posible solución de nuestros problemas y, en general, nos autointerrogamos y respondemos infructuosamente.

Dicho de otra manera, todos los hombres llevamos las preguntas y las respuestas impresas en nuestro corazón; pero no las percibimos por falta de sincronía: no ha llegado nuestro tiempo. Por ello somos impermeables a nuestra propia espiritualidad.

Yo, que ya he presenciado muchas puestas de sol, me interrogué en cierta ocasión sobre esta cuestión, en uno de aquellos momentos del crepúsculo en que desaparecía de mi vista el disco solar para sumergirse en las aguas del Mar Mediterráneo. Y la respuesta surgió repentinamente, de forma inmediata: nada de cuanto contemplaba era "real". Por lo menos no lo era tal como yo lo entendía. Ni el horizonte era real, ni aquel disco solar anaranjado era, en

verdad, tan hermoso, un solo milímetro más allá de mi percepción y de mis emociones.

Fue entonces cuando imaginé un punto en el que coincidían todas las posibles realidades. Si concebimos cada realidad personal -física o metafísica- como un punto sobre una esfera (la más ideal de las figuras geométricas concebibles), este punto "divino" debería ser tangente a un número infinito de esferas (tantas como observadores, mundos, o niveles de consciencia fueran concebibles). De este pensamiento nació la pequeña obra *Clave de Luz*", (Ed. Obelisco – Barcelona 1986)

Así llegué a imaginar que la mejor parábola de la divinidad no podía ser una sola esfera, sino aquel punto en el que todas las esferas imaginables son tangentes, aquel punto que las abarca a todas. Si nos imaginamos una serie de esferas huecas y sin grosor una dentro de la otra, como las muñecas rusas pero unidas en un solo punto, comprenderemos que en ese punto de contacto todas ellas son "una", aunque se expandan a partir de ahí en infinitas perspectivas.

Cada esfera es un campo de posibilidades que engloba a otros, formándose así familias, pueblos, razas y mundos... hasta abarcar todo el Universo. Además, coincidentes en este mismo punto del inconcebible espacio divino y con el mismo orden de infinitud que las anteriores, pueden nacer también otras series de esferas que se corten con aquellas (siendo secantes entre sí al tiempo que tangentes con el punto común), generándose de este modo una hermosísima esfera de esferas (un Cosmos de universos).

La enseñanza que deseo subrayar, de esta experiencia mística en la que se fraguó mi propia metáfora sobre la divinidad, es que las esferas no tienen realidad más que como ideas que emanan de un único punto. Por mucho que se expanda el pensamiento de nuestra realidad en cualquier sentido, siempre habrá un punto del que todo surge y en el que todo coincidirá. Y este punto, por supuesto, abarcará a todos los demás y no sólo a una parte de ellos. De ahí que el camino hacia ese punto, esté donde esté, sólo pueda andarse por la vía de la integración, del retomo a la Unidad, y no por el de la separación.

Cuando uno ha avanzado en el camino hacia este núcleo de los núcleos, el Camino hacia el Centro, como suelo llamarlo, se halla más cerca de ese Punto Crucial (del punto de contacto en su propia esfera, según esta metáfora) y tanto más cerca se encuentra del conocimiento de Dios. Pero incluso a una cierta distancia, ya se empieza a comprender que "la última pregunta" carece de sentido, puesto que lo que tratamos de

encontrar no es una cosa ni un lugar sino un estado o una condición (la característica de la esfera es que todos sus puntos son idénticos y, por tanto, cualquiera de ellos es semejante al de contacto con la divinidad, donde se llega a la Unidad).

De la misma manera que el horizonte es sólo una realidad condicionada, también lo son el color, la forma y la materia de nuestro universo dual. Aunque esto último nos resulte mucho menos evidente, todo parece manifestarse según las condiciones interiores del observador, y sólo de ellas depende lo que llamamos nuestra realidad, cuya esencia ni siquiera la física teórica más avanzada (que yo sepa) ha llegado a comprender, porque aunque ya intuye que es un Campo Unificado de Energía no ha encontrado todavía el sistema de ecuaciones que lo represente adecuadamente.

En el seno de ese "campo", tan vasto que ni siquiera podemos imaginar, tiene lugar el juego de las existencias, aunque lo único inmutable y omnipresente es Dios (el Punto Crucial) de modo que cualquier cosa que exista existe en Él. La paradoja consiste en que creamos al Dios Inmutable relacionado directamente con todas las cosas que son, también por definición y observación, constantemente cambiantes.

La solución al enigma puede ser ésta: todo lo que vemos no es más que una vana ilusión, una creación de nuestra propia Consciencia divina. Por tanto, sólo en la medida en que alcancemos el nivel adecuado de Consciencia dejaremos de ser esclavos, para convertirnos en señores en este juego del vivir.

Toni Bennássar